

dencia), habian comenzado á sacar de ellas algun partido y aun á contagiarse con sus ideas y preocupaciones. No solo hizo este Rey traducir al castellano (que él comenzo á pulir y desbastar de la áspera herrumbre que lo cubria, dándole brillo y majestad) libros de las ciencias en que sobresalian los agarenos, deseando que fuesen cultivadas de sus súbditos, sino que tambien dió á conocer las fábulas de aquellos. Al principio de la historia de *Ultramar*, que se le atribuye y que es cierto se compiló por su mandado, trae sobre el origen de Godofredo de Bullon un largo cuento de encantamientos, que pudiera hacer un buen papel entre los que refieren las viejas para entretener á los niños, que tambien, sin que ellas lo sepan, tienen origen arábigo. Allí al abuelo de Godofredo se le llama El caballero del Cisne, personaje fantástico é ideal, no menos legítimo que el mismo Amadís de Gaula, y se le hace objeto de aventuras maravillosas en extremo (1). No sé de dónde sacó Tick-

(1) Este libro de *La gran conquista de Ultramar* es rarísimo; Ticknor solo lo conoció por copia manuscrita que dice perteneció al padre Sarmiento. Se imprimió en un tomo grueso en 4.^o francés, en letra de tortis, á dos columnas, en Salamanca, por maestro Hansgiesser, año 1303. — No sabemos que haya en Europa mas de tres ejemplares completos de esta preciosa obra; y uno para en nuestro poder entre los libros que fueron del excelentísimo señor don Martín Fernández de Navarrete. Para formar idea de lo que es la historia del caballero del Cisne, daremos aqui los epígrafes de los capítulos que á ella corresponden, no atreviéndonos á mas por ser larguísima. Empieza en el cap. XLVII, y dice:

«Agora deja la estoria de hablar una pieza de todas las otras razones por contar del caballero que dijeron del Cisne, cuyo hijo fué, é de qual tierra vino, é de los fechos que hizo en el imperio de Alemaña; é de como casó con Beatriz; é de como lo lleuó el Cisne á la tierra de su padre, onde lo traxiera, é de la vida que despues hizo la duquesa su muger con su hija Idam, que fué casada con el conde de Tolosa de que ouo vn hijo á que dixieron Gudufre, que hizo muchos buenos fechos en la tierra santa de Ultramar, asi como la estoria lo contará de aqui adelante.

»Cap. XLVII.—Como el conde Eustacio estava en gran duda si aquellas bozes que oya eran del diablo ó no.

»Cap. XLIX.—Como el conde Eustacio casó con la infanta Isoberta.

»Cap. I.—Como el rey Licomberte el brauo embió por el conde Eustacio, por guerra muy afincada que havia con sus enemigos.

»Cap. II.—Como la infanta Isoberta parió vij hijos varones, cada uno con un collar d'oro al cuello.

»Cap. III.—Como Gandual aquel cauallero en cuya guarda habia quedado la dueña (Isoberta) escribió cartas á su señor el conde: de como la condesa Ginesa, madre del conde, furtó las cartas al mensajero é escribió otras falsas.

»Cap. IIII.—Como aquel mensajero dió las cartas falsas al conde, é de la respuesta que traxo, é de como se vino por aquel castillo de la madre del conde.

»Cap. LV.—Como aquel mensajero dió las cartas falsas á Gandual.

»Cap. LV.—Como aquel cauallero Gandual tomó aquellos vij infantes, é los lleuó al monte.

»Cap. LV.—Como nuestro señor Dios acorrió á aquellas criaturas, é les envió una cierva que los crió fasta que los halló el hermitaño.

»Cap. LVII.—Como el hermitaño andaua á pedir con aquellos niños, é como le preguntaban quien gelos diera, é el no lo queria decir.

»Cap. LVIII.—Como la condesa Ginesa envió por el hermitaño, é de como le tornó los seis niños, é de como los queria matar.

»Cap. LIX.—Como los niños despues que fueron cisnes, volaron é se fueron para un lago que estava cerca del hermitaño do se auian criado.

»Cap. LIX.—(Está dos veces repetido el número del an-

terior capítulo.) Como el conde Eustacio uino del castillo, ca auia xv años que desque fuera no vino despues.

»Cap. LX.—De la respuesta que la Condesa tornó al conde Eustacio su hijo.

»Cap. LXI.—Como el conde Eustacio se tornó para Portemisa, é de como era juzgada su mujer que la mataban sino daba cauallero que la defendiesse.

»Cap. LXII.—Como nuestro Señor acorrió á la condesa Isoberta.

»Cap. LXIII.—Como el mozo su hijo del conde entró en campo con el lidiador de la condesa Ginesa é lo mató.

»Cap. LXIV.—Como fué muy alegre el conde Eustacio cuando supo que aquel mozo era su hijo, é como le preguntó por los otros.

»Cap. LXV.—Como el conde Eustacio preguntó á la condesa, su madre, por los collares, é de como la mandó tapiar.

»Cap. LXVI.—Como el Conde fué con los collares donde estaban los cisnes, é leuó consigo á Gabriel el hermitaño, é á su hijo.

»Cap. LXVII.—Como se tornaron los cinco cisnes niños con los collares, é como el otro quedo cisne.

»Cap. LXVIII.—Como el duque Rayner tenia tomada por fuerza la tierra de la duquesa de Bullon.

»Cap. LXIX.—Como la duquesa de Bullon é su hija vino á las cortes del emperador, y se querellaron del duque.

»Cap. LXX.—Como el caballero del Cisne aportó á la ciudad de Nimaya.

»Cap. LXXI.—De como la Duquesa rogó al cauallero del Cisne que lidiase por ella, é le dixo la verdad del fecho.

»Cap. LXXII.—Como el cauallero del Cisne otorgó á la duquesa de Bullon é á su hija que lidiaria por ellas.

»Cap. LXXIII.—Como el duque Rayner otorgó que lidiaria con el cauallero del Cisne é dió al emperador su gaje.

»Cap. LXXIIII.—Como el emperador rescibió los gajes é mandó juzgar la batalla.

»Cap. LXXV.—De las fechuras de la cámara é de la imagen que estava en ella.

»Cap. LXXVI.—De la razon que dixo el conde de Namur.

»Cap. LXXVII.—De la razon que dixo el duque de Lorena.

»Cap. LXXVIII.—Como los doce pares juzgaron que lidiassen los caualleros dos, é los metieron en el campo.

»Cap. LXXIX.—Como el cauallero del Cisne presentó al emperador la cabeza del duque, é de como descabezaron las rehenes.

»Cap. LXXX.—Como se partieron de la corte los parientes del duque, é de lo que hicieron.

»Cap. LXXXI.—Como Dios acorrió á las doncellas que Segar dió á los escuderos que las desonrassen.

»Cap. LXXXII.—Agora deja la estoria de hablar de los de Saxonia, é torhara á contar como el cauallero del Cisne fué casado con Beatriz hija de la condesa de Bullon.

nor, á pesar del sello arábigo que lleva esta historia, que en su origen se escribió en Normandía ó en la Bélgica, y que la comenzo un tal Juan Renhault, la concluyó despues Graindor de Douay, hácia los años de 1500, y de aquí se tradujo en castellano para ingerirla en *La gran conquista de Ultramar*, reinando ya don Alonso XI. Porque ¿no pudo suceder que fuese al revés, y que esta historia contada en el libro español fuese el ejemplar del poema de Renhault? No es más natural que los normandos viniesen á tomar de nosotros las invenciones árabes, que no que nosotros buscásemos entre ellos lo que se fabricaba en nuestra casa? La falta de un códice completo coetáneo y fehaciente hace irresoluble esta cuestion.

Mas si el rey don Alonso el Sabio ó las personas de quienes se valia para compilar sus historias no fueron los que directamente pasaron de los libros árabes á los españoles este dilatado cuento, no

»Cap. LXXXIII.—Como el angel apareció á Beatriz, la duquesa, la primera noche de su casamiento, é le dijo que era empuñada de una hija.

»Cap. LXXXIIII.—Como el emperador dió al caballero del Cisne á Galieno, su sobrino, que le entregase del ducado de Bullon.

»Cap. LXXXV.—Agora dexa la estoria de hablar de esto, é torna á contar de los parientes del duque de Saxonia como fizieron.

»Cap. LXXXVI.—Agora dexa la estoria de hablar de ellos, é torna á contar del cauallero del Cisne, é de Galieno como se partieron del emperador.

»Cap. LXXXVII.—Como Ancelin el Merino llegó al cauallero del Cisne é á Galieno, é de lo que les dijo.

»Cap. LXXXVIII.—Como fueron descubiertos los parientes del Duque, é como enforcaron al Merino Ancelin.

»Cap. LXXXIX.—Como un sobrino del Ancelin vino á preguntar á la hueste del cauallero del Cisne por su tío é de la respuesta que le dieron.

»Cap. XC.—Como el sobrino de Ancelin fué con nuevas á los siete condes que su tío era enforcado.

»Cap. XCI.—Como el cauallero del Cisne peleó con la primera haz de los condes que era capitan el conde Segar de Mombrin, é de como los desbarató.

»Cap. XCII.—Como el cauallero del Cisne mató al conde Segar de Mombrin, é de como venció á los suyos por la oracion de Beatriz, su mujer.

»Cap. XCIII.—Como Galieno demandó al cauallero del Cisne la primera justa de la otra haz, é como ge la otorgó, mas no á su grado.

»Cap. XCIIII.—Como el conde Espaldar de Gormasis mató á Galieno, el sobrino del emperador, de las primeras heridas é del esfuerzo que dió á los suyos.

»Cap. XCV.—Como el cauallero del Cisne mató á Espaldar de Gormasia, é de como venció los suyos.

»Cap. XCVI.—Como el cauallero del Cisne é los suyos yban en alcance de los de Saxonia.

»Cap. XCVII.—Como el cauallero del Cisne é su mujer, é los suyos é los de Galieno facian gran duelo por él.

»Cap. XCVIII.—Como Yugo que yba en una haz por el cauallero del Cisne, mató al conde Jazaran, é de como venció los suyos.

»Cap. XCIX.—Como el conde Aynor de Spira mató á Yugo, é como el cauallero del Cisne mató á él é venció los suyos.

»Cap. C.—Como el cauallero del Cisne prendió al conde Folquer de Rivera.

»Cap. CI.—Como el cauallero del Cisne tornó á los suyos que fuian, é de las cosas que hizo.

»Cap. CII.—Como los condes Mirabel de Tabory Graner leuaban presa á la duquesa Beatriz, mujer del cauallero del Cisne, é de la oracion que ella facia.

»Cap. CIII.—Como apareció una golondrina del cielo al caballero del Cisne é le dixo que fuesse á acometer á los enemigos, é cobrarla su mujer.

»Cap. CIV.—Del milagro que nuestro Señor hizo por el cauallero del Cisne, por su mujer.

»Cap. CV.—De como el cauallero del Cisne robó el campo, é como enuio el cuerpo de Galieno é los condes muy honradamente al emperador.

»Cap. CVI.—Del gran duelo que hizo el emperador é los suyos por Galieno, su sobrino.

»Cap. CVII.—Como el cauallero del Cisne é su mujer la duquesa Beatriz se fueron derechos al ducado de Bullon, é como se apoderaron dél, é del recibimiento que le fizieron.

»Cap. CVIII.—Como el cauallero del Cisne hizo una gran corte en Bullon, é como armó cincuenta caualleros noveles, é como se empuñó su mujer é como parió una hija.

»Cap. CIX.—Como la Duquesa salió á misa con su hija Ida, é de la gran fiesta que hizo facer el cauallero del Cisne.

»Cap. CX.—Como se ayuntaron con el conde Graner que habia escapado de la pelea de Caulenga los hijos de los condes que murieron en la dicha pelea muy calladamente, é como vinieron á cercar al cauallero del Cisne en Bullon.

»Cap. CXI.—Del sueño que soñó el cauallero del Cisne é del consejo que le daua su mujer.

»Cap. CXII.—De como el cauallero del Cisne no quiso creer á su mujer la Duquesa, é de como le vino mandado de los de Saxonia que destruian la tierra.

»Cap. CXIII.—Como el cauallero del Cisne se armó, é salió con su gente é peleó con los de Saxonia, é de como mató al conde Acarrin.

»Cap. CXIV.—Como los del cauallero del Cisne fuyan á la villa, é de como derribó al conde Galaran de Mombrin, é de como mataron el caballo al cauallero del Cisne.

»Cap. CXV.—Como el cauallero del Cisne se fuera á Bullon é de como Terrin, su mayordomo, derribó al conde Galaran.

»Cap. CXVI.—Como el cauallero del Cisne se entró en la villa, é como los de Saxonia los combatieron muy de recio, é como los de la villa mataron bien trescientos dellos.

»Cap. CXVII.—Como el conde Galaran dió consejo á la hueste; é que cercasen el castillo é la villa en guisa que no saliese ninguno.

»Cap. CXVIII.—Como el cauallero del Cisne é los suyos salieron á pelear con los de Saxonia, é como mató al conde Malprian, hijo del duque Rayner.

»Cap. CXIX.—Como el cauallero del Cisne embió con cartas á Terrin á demandar acorro del emperador.

»Cap. CXX.—Como el emperador Otto embió por sus vasallos para ir á acorrer al cauallero del Cisne.

»Cap. CXXI.—Como el emperador Otto embió cien cavallos para que viessen como estaban asentados los de Saxonia.

»Cap. CXXII.—Como el conde de Grea vino con su haz á pelear con el conde Galaran.

»Cap. CXXIII.—Como el cauallero del Cisne salió de la villa con los suyos para pelear con los de Saxonia, despues que vió que el emperador venia.

puede decirse lo mismo de los del indiano Bidpai (conocidos bajo el nombre de *Fábulas de Pilpai*, y bajo el de *Libro de Calila y Dimna*), obra la mas célebre de los orientales, traducida muchas veces en persiano, siríaco, hebreo, griego, latín, español y en todos los idiomas de Oriente y Occidente, y siempre recomendada con elogios. La primera traduccion que tuvo en las lenguas occidentales fué la que se hizo en 1251 por órden de aquel monarca, siendo infante, la cual supone otra traduccion anterior hecha al latín. La de Juan de Capua á esta última lengua (que fué la que generalizó el libro por Europa) no se hizo hasta despues del año de 1262, y del hebreo; no como la latina española, que vino á servir de original á la castellana, que se sacó directamente del arábigo.

Un príncipe de la sangre de San Fernando, próximo pariente del rey Sabio, fué despues el primero que, tomando la idea de los árabes, se atrevió á componer abandonándose á sus propias fuerzas una preciosa coleccion de novelas. Hablo del infante don Juan Manuel, autor del *Conde Lucanor*. Nació en Escalona en 1282, y era su padre el infante don Pedro Manuel, hijo de san Fernando. Nacido para caudillo de esforzados caballeros en la incesante guerra que traía la España, acreditó desde su niñez su valor en empresas contra moros. Mas adelante fué coregente en la minoria de don Alonso XI, y en este puesto se portó con talento y perspicacia. Sentado en el trono don Alonso, no quedó muy satisfecho de su tío don Juan Manuel, y obligado este á evitar la saña de un rey que no perdonaba nunca, hubo de verse envuelto en guerras civiles, y fué uno de los poderosos promovedores de los disturbios de aquel reinado. En medio de vida tan agitada, halló tiempo para escribir varias obras, y una de ellas, la mas conocida y celebrada, y acaso la que mas lo merece, es la que acabamos de citar. Compónese de cincuenta cuentos ó apólogos, á los cuales solo les falta extension para que puedan llamarse novelas, segun la acepcion que hoy damos á esta palabra (1). Por su forma, conocidamente son del gusto oriental, pues todos están, como en las demás colecciones de este gusto, enlazados entre sí por medio de una ficcion que sirve como de hilo que los engarza. Este libro, aunque el primero en su género en lengua vulgar, no carecia de ejemplar mas antiguo entre los españoles. Pedro Alfonso, judío converso, llamado antes Moises Sephardi, natural de Huesca,

» Cap. cxxiv. — Como el emperador é el cauallero del Cisne desbarataron é vencieron á todos los de Saxonia: así que de todos los condes que y vinieron no escapó ninguno que muerto ó preso no fuese.

» Cap. cxxv. — Como la duquesa Beatriz preguntó á cauallero del Cisne por su nombre, é de qual tierra era.

» Cap. cxxvi. — De la respuesta que le dió el cauallero del Cisne, é como mandó ensillar su cavallo é tomó su espada, la que traxiera é el fierro de la lanza, é dixo que se quisiera ir.

» Cap. cxxvii. — Como la duquesa Beatriz facia muy gran duelo porque su marido se queria ir, é como le pedia por merced que no se fuese.

» Cap. cxxviii. — Como la duquesa Beatriz trajo en sus brazos á su hija Ida, é dixo al cauallero del Cisne que pues que él se iba, á quien dexaba encomendada á su hija; é de como dixo que al emperador.

» Cap. cxxix. — Como el cauallero del Cisne dexó á su mujer el su cuerno de marfil.

» Cap. cxxx. — Como el cauallero del Cisne se fué para Nimaya al emperador, é del gran sentimiento que facian sus vasallos por él.

» Cap. cxxxj. — De la razon que dixo el cauallero del Cisne al emperador é á toda su corte.

» Cap. cxxxij. — Del gran pesar que habia el emperador é su mujer é todos los de la corte porque se iba el cauallero del Cisne.

» Cap. cxxxiii. — Del grito que dió el Cisne é como el cauallero del Cisne se despidió del emperador Otto é de toda su corte, é de como le encomendó á su hija Ida que la cassase é que le diese su tierra esentamente; é de como gelo prometió el emperador.

» Cap. cxxxiiii. — Como el cauallero del Cisne se fué en el batel, é como la duquesa Beatriz é Ida su hija se fueron para Bullon.

» Cap. cxxxv. — Agora dexa la estoria de fablar de todas

estas cosas, é torna á contar de la áspera vida que facia la duquesa Beatriz.

» Cap. cxxxvj. — Del gran miraglio que nuestro Señor fizo, é como perdió la duquesa Beatriz el cuerno de marfil del cauallero del Cisne.

» Cap. cxxxvij. — Como la duquesa Beatriz mandó facer el palacio que se habia ardidido mucho mas rico que ante era.

» Cap. cxxxviii. — De las grandes cortes que fizo el emperador Otto en la ciudad de Cambrai, é de como venieron ende muchos altos homes é la duquesa Bullon é su hija.

» Cap. cxxxix. — Como el conde Eustacio de Boloña pidió por merced al emperador que le serviria de copa, é de como le prometió el emperador todas las cosas que le demandase, é de como le demandó en casamiento á su sobrina Ida hija del cauallero del Cisne, é de la respuesta que le dió.

» Cap. cxl. — Como el conde Eustacio de Boloña envió á su tierra por haver é por hombres facer sus bodas.

» Cap. cxlj. — Como leuaron á la iglesia al conde Eustacio é á Ida á velar.

» Cap. cxliij. — De las grandes bodas que fueron fechas en aquella corte del conde Eustacio é de su mujer, é de como aquella noche quedó empenada Ida del noble Gudafré que fizo muchas maravillas.

» Cap. cxliij. — Del sueño que soñó la primera noche Ida, é de las voces que dió, é de como lo contó al conde su marido.

(1) Tan solo publicó Argote de Molina cuarenta y nueve apólogos. Pero en antiguos códices de la Biblioteca Nacional está el que faltaba, y cuyo título es: «*De lo que contesió á don Lorenzo Xarez Gallinato, quando descabezó el capellan renegado.*» Ya le gozan los doctos en un curiosísimo volumen que acaba de sacar á luz en Paris monsieur Adolfo de Puibusque, con este nombre: «*Le Comte Lucanor*, Apologues et fabliaux du xiv.^e siècle, traduits pour la première fois de l'espagnol.»

donde nació al mediar el siglo xi, escribió despues de haberse hecho cristiano, es decir, con posterioridad al año de 1206, un libro con el título de *Disciplina clericalis*, coleccion de treinta y siete cuentos y varios apotegmas, que se suponen referidos por un árabe moribundo á su hijo. Advírtase que el autor nació judío y profesó largos años la religion judáica, circunstancias á que debió una erudicion en las letras arábicas, que era entonces inútil buscar entre los cristianos. El pueblo judío, extraño á los odios religiosos entre estos y los musulmanes, y tolerante como lo son siempre los débiles, fué, digámoslo así, un cuerpo intermedio entre los dos pueblos beligerantes, y con uno y con otro conservaba relaciones para él de comodidad y provecho. No teniendo otros medios de ganar la vida que el comercio y la ciencia, estudiaba con esmero las disciplinas de los árabes, quienes por su origen oriental le inspiraban mas simpatias, y vendia despues su ciencia á los cristianos. El libro de Pedro Alfonso está escrito en el latín del siglo xi, es decir, en un latín bárbaro y mestizo. No deberémos asegurar si lo conocia el infante don Juan Manuel; pero si se recuerda su afición á libros, su alto nacimiento, que su riqueza le daba todos los medios que entonces existian de proporcionárselos, y que la obra del converso adquirió tanta celebridad que en verso francés fué traducida, podemos sin temeridad ninguna afirmar que sí (1). El plan del *Conde Lucanor* es el mismo, y alguna de sus historias ofrece en ambas obras notable semejanza; pero supera á su contrario el tono y estilo de la de don Juan Manuel, sin que por esto deba de ningun modo reputarse oriental. Los españoles, siempre graves y sesudos, podian tomar sus asuntos de la literatura árabe; mas al trasladarlos á su idioma los revestian de un traje propio de su gravedad y compostura. En punto á la influencia del estilo árabe en los escritos castellanos, ha habido mucho de aprension; la influencia fué mayor en las cosas que en el modo de expresarlas. Digasenos en prueba, ¿qué orientalismo se encuentra en los rudos poemas del Cid, de Fernan Gonzalez, ni en las mas limadas poesias de Berceo y de Juan Lorenzo de Astorga, en donde los rasgos de imaginacion son tan escasos y tan natural y prosáica la expresion? El pueblo español, por su origen, por su religion, por los climas que habitaba y aun por la rudeza misma de las costumbres, era un pueblo del Norte; y hasta que vivió por largos años bajo el hermoso ardiente sol de Andalucía como señor de toda la Península, no tomó algo, aunque poco en verdad, del estilo hiperbólico de los árabes. El del *Conde Lucanor* es severo y circunspecto; están sus cuentos narrados ciertamente con una sencillez nativa, que agrada tanto como la de los mejores orientales; pero no hay en ellos nada de sus ficciones, de sus metáforas exageradas, de sus hipérboles monstruosas. Esto baste para acreditar que la literatura española tenia ya entonces un carácter peculiar.

Comparando el libro referido con el *Decameron* de Bocacio, se notará no solo la distinta índole de los autores, sino la diferencia de gravedad y costumbres de los pueblos para quienes ambos escribieron. En el *Conde Lucanor* todo es moral é instructivo, y la enseñanza se da con seriedad y decoro; sus cuentos, se supone en la introduccion, llevan por objeto instruir á un magnate que, teniendo á su cargo la suprema administracion de sus vasallos, se halla con frecuencia perplejo sobre varias cuestiones de moral y política, y proponiéndolas á su secretario, este va satisfaciendo sus dudas con otras tantas parábolas, terminadas en dos ó mas versos que incluyen la moralidad. El *Decameron* en casi todos sus relatos es ofensivo al pudor; sus fábulas són milesias, careciendo de otro objeto que el de recrear un paladar viciado, y olvidando por completo el fin moral, que nunca debe perderse de vista en los escritos. Por este lado el escritor italiano se queda muy inferior al español; y si de esta comparacion se pasa á la del estilo, tampoco creemos que don Juan Manuel tenga por qué rehuir la competencia. El Bocacio es celebrado por su pureza de lenguaje; no es menos puro el de don Juan Manuel: si creó aquel la prosa italiana, dándola número y gallardía, nótese ya en este el completo desarrollo de los giros y formas que luego constituyeron la índole característica del majestuoso idioma castellano. Algo mas abundante y ameno es el Bocacio, como no llegue á degenerar en lánguido y pesado; pero en cambio, aunque natural y agradable siempre que narra, cuando hace hablar á sus interlocutores, es impropio por demasiado retórico y afectado; mientras que el estilo de don Juan Manuel, siempre conciso y lleno, está libre de este defecto.

El género de novela corta que cultivó Bocacio, halló continuadores en Italia; tras él hubo otros

(1) Pedro Alfonso dice que formó su libro *ex proverbis philosophorum, et suis castigationibus arabicis, et fabulis, et usibus partim ex animalium, et volucrum similitudinibus*. Vese pues por esto que es una coleccion de apólogos, aunque todos enlazados entre sí por una idea

principal. Sobre su fama en Europa habla Ticknor, y dice que fué traducido en verso francés, y no una vez sola, citando á Barbazan *Fabliaux*, 1808. Siempre ha sido libro rarísimo. F. W. V. Schmidt lo imprimió nuevamente en Berlin, año de 1827, en 4.^o

que compusieron colecciones sujetándose á mas decoro y haciendo consistir el interés de sus fábulas mas en lo portentoso y nuevo, ó en lo tierno y patético de los lances, que en lo picante de las ideas; pero no sucedió lo mismo en España con las obras de don Juan Manuel. Mientras el *Decamerón* tenia fama por toda Europa, admiradora de la literatura italiana, y cuando desde el principio de la invención de la imprenta ocupaba sus prensas, el *Conde Lucanor* yacía ignorado; y no se conoció hasta que Argote de Molina hubo de imprimirlo por vez primera en 1575. El género en que está escrito permaneció olvidado tambien. La enfermedad caballeresca invadía todos los cerebros españoles; la idea de esta institución tutelar se habia convertido en un verdadero frenesí, y la exageración del espíritu caballeresco y las fábulas á que daba origen estaban apoderadas de todo: de la historia, en que se refieren hechos tan exagerados como en la mas disparatada novela, y hasta de los santorales, que se escribían en aquel tiempo atribuyendo á los santos acciones verdaderas ó falsas, pero no mas racionales que la penitencia del caballero Beltenebrós en la Peña pobre.

Montalvo acertó á dar á la *Historia de Amadís* las gracias del estilo, y su libro obtuvo una reputación inmensa. Largo tiempo se presentó como el mas perfecto modelo de la lengua castellana, y dábese como texto á los extranjeros que querían estudiarla. Su primacía confiésala el autor del *Diálogo de las lenguas* (1), á pesar de ser crítico descontentadizo, diciendo: «Comunmente se tiene por mejor estilo el del que escribió *Los cuatro libros de Amadís de Gaula*, y pienso que tienen razón; bien que en muchas partes va demasiado afectado y en otras descuidado; unas veces alza el estilo al cielo, y otras lo abaja al suelo; pero el fin, así á los cuatro libros de *Amadís* como á los de *Palmerín y Grimaleón*, que por cierto respeto han ganado crédito conmigo, terné y juzgaré siempre por os mejores.» El mismo autor que, por el clásico gusto y erudición que manifiesta en este escrito y por otras sospechas, se debe creer que no pertenecía á la clase de los que mas atractivo encontraban en la lectura de este género de libros, declara que en su juventud cayó en la tentación de leerlos todos; ¿qué sucedería á los hombres escasos de instrucción, entusiastas por hazañas, dedicados á las armas, que esperaban de la guerra prez y eterno renombre? La inmensa popularidad de *Amadís* dió tal impulso á la composición de estos libros, que ya en el reinado de Carlos V, que era cuando escribía el autor del *Diálogo*, se conocían los de *Esplandián*, *Florisardo*, *Lisuarte*, *Caballero de la Cruz*, *Guarino Mezquino*, *La linda Comesina*, *Reinálidos de Montalván* y otros que, aunque mal compuestos en el fondo y en la forma, revolvían la cabeza de la juventud enamorada de sus desatinos. ¿Quién podrá emunerar la inmensa caterva de los que siguieron á estos? Inventábanse para ellos los nombres mas estrambóticos y peregrinos: *don Clarián de Landants*, *don Clarindo de Grecia*, *don Clarisel de las Flores*, *don Clarismundo emperador*, *Cleomedes y Claramunda*, *don Cristalián de España*, *don Cirongilio de Tracia*, y cuanto mas extravagantes eran los títulos, mas excitaban la curiosidad de los lectores.

Pero estos libros no son tan despreciables como se ha querido suponer; si con ellos tiene poco que hacer el literato, no sucede lo mismo al historiador y al filósofo. ¿Por qué estas historias, que con razón nos parecen disparatadas, tuvieron tanto séquito en siglo tan racional como lo fué el XVI? Porque en ellas veía descritas sus ideas y sus costumbres, porque daban nutrición á los pensamientos mas favoritos de todas las cabezas. — El libro de caballerías debe considerarse como la novela de costumbres de la edad media: las exageraciones están en los hechos que refiere, no en las ideas que enuncia; y aun en materia de hechos, no todos los que ahora nos parecen inverosímiles dejaban de tener ejemplos en la vida real de aquellos tiempos. Cuando vemos en la crónica de don Juan II de Castilla caballeros, cuya existencia no es dudosa, irse por esos mundos buscando aventuras, deseando encontrar con quién medir el esfuerzo de su potente brazo en los torneos, y damas á cuyas plantas rendir los trofeos de su victoria; cuando vemos á un sugeto tan grave como Diego de Valera, escritor juicioso y embajador prudente, celebrado por el no menos formal Hernando del Pulgar, andar convertido de corte en corte en un matasiete; cuando vemos pasos de armas como el del Puente de Orbigo, donde centenares de caballeros de todos los países acudieron á romperse las cabezas y magullarse el cuerpo, por si era mas ó menos hermosa una dama, á quien la mayor parte de ellos no conocía; cuando todavía un siglo despues miramos á Carlos V desafiar á singular batalla á Francisco I (2), exponiendo sus reinos á quedar huérfanos; y cuando,

(1) Lo publicó Mayans en sus *Orígenes de la lengua castellana*. Es de autor ignorado; pero quien quiera que fuese el que lo escribió, era persona de exquisito gusto y mucha erudición.

(2) Mucho se ha hablado y escrito sobre el desafío entre estos dos grandes príncipes, que fué un rasgo de caballeros andantes; pero lo que pocos saben es que en el año de 1528 se imprimió un papel con este título:

lo que es mas extraño, se nos presenta Felipe II, el príncipe de genio menos poético y especulativo que hubo jamás, haciendo en los regocijos con que le festejaron los estados de Flándes el papel de caballero andante (1), admiramos la verdad de estos libros y reconocemos su influjo. Al presente nos es imposible formar una idea cabal del que recíprocamente ejercieron estos libros en las costumbres y las costumbres en ellos. El comercio, el mucho trato de gentes, la educación sedentaria y la propensión de las naciones modernas hácia la quietud, madre de las artes, han borrado gradualmente aquellos fuertes y determinados caracteres que distinguían á los pueblos occidentales, caracteres que son esencialmente necesarios á fin de que en determinados casos pueda obrar la humanidad con la mayor energía. El influjo de los libros caballerescos no fué nocivo, aunque alguna vez la sociedad pudo resentirse de su exceso. Grandes cosas tenían que hacer aquellos siglos; el impulso debía de ser proporcionado. Sin la excitación febril que promovieron por aventuras, ¿hubiera habido muchos que confiándose á unos frágiles maderos se hubiesen entregado al Océano, sin norte ni guía en busca de nuevas regiones, ni se hubiesen expuesto á las hambres y peligros que experimentaron por explorarlas, ni á acometer con pocas docenas de hombres imperios poderosísimos? Con gusto examinaríamos estas cuestiones, si para ello no fuese necesario escribir un extenso volumen y separarnos del plan que nos hemos propuesto en el presente escrito (2).

Relación de lo que ha pasado sobre el desafío particular entre el Emperador y el rey de Francia. Con privilegio de su majestad. Tal es la portada, en la cual están grabadas las armas reales: no se expresan el lugar de la impresión ni el impresor; pero al fin se pone el privilegio, dado por el Rey, en Toledo, á 29 de noviembre de 1528, y referendado por mandado de su majestad, que empieza así: «El Rey: Por cuanto vos Gonzalo Perez, mi Criado, me hecisteis relación que vos por nos servir quereis tomar trabajo de hacer imprimir la relación de todo lo que entre mi y el rey de Francia ha pasado sobre nuestro combate, de la forma é manera que ha sido ordenada por nuestro consejo; é porque la impresión de ella os costaría mucho me suplicastes é pedistes por merced para que vos, ó quien vuestro poder oviere pudiesedes emprimir la dicha relación é venderla por tiempo de seis años, é que otra persona alguna durante el dicho tiempo no la pudiese emprimir ni vender, é so grandes penas ó como la mi merced fuere: e yo acordando lo que me habeis servido é servis, tuvelo por bien, etc.» Sigue á esto la fe de erratas y concluye con esta nota: «Con otro privilegio para todos los reinos de la corona de Aragón, pena de quinientos ducados. Está tasado á ocho maravedís el pliego.» Tiene veinte y ocho hojas sin foliación. En la plana segunda de la portada comienza la obra así: *Relación particular de todo lo que entre el emperador don Carlos, quinto de este nombre, rey de España, y Francisco, primero de este nombre, rey de Francia, sobre el combate de persona á persona ha pasado. Tradadada de francés á español.* Este Gonzalo Perez, criado del Emperador, fué sin duda el padre del famoso Antonio Perez; llegó á ser secretario del Rey; y Juan Calvete de la Estrella celebra su expedición en los negocios. Entre los literatos se le conoce por su traducción de la *Odisea*, en su tiempo muy celebrada, y hoy de ninguno leída. aunque merece serlo, pues la sencillez y la antigüedad de su lenguaje tiene cierta conformidad que agrada con el argumento del poema griego.

(1) Véase *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe don Felipe*, etc., por Juan Cristóbal Calvete de la Estrella. Amberes, en casa de Martín Nucio, año MDLII.

(2) En la *Suma de filosofía natural*, de Alonso de Fuentes, impresa en Sevilla en casa de Juan de Leon, y acabada de imprimir en 5 de octubre de 1547, en 4.º, en el fol. 115 y siguientes, refiere uno de los interlocutores, llamado Vandalio, que hallándose reunidas muchas personas en una casa «un cierto bachiller que allí se halló me pidió prestado un Strabon *De situ orbis*.

Nuestro doliente (porque lo es) de ser muy leído y entendido (era este el amo de la casa) preguntó qué libro era aquel; y el señor bachiller, como debía entender mas en los preceptos pasados que en los defectos presentes, le dió cuenta muy por extenso de lo que trata este auctor; y el doliente con un semblante desdenoso nos dijo: Pensé que trataba de otra cosa, porque me admiraba no haber visto este libro; porque yo soy uno de los hombres mas leídos que se pueden hallar en esta ciudad. Y así comenzó á discurrir, loándonos algunos auctores que habia leído como *Reinálidos de Montalván*, diez ó doce de *Amadís* y *don Clarián* y otros semejantes; y parando aquí, dijo que ningún libro entre todos cuantos habia visto le habia parecido mejor que *Palmerín de Oliva*. — ETHRUSCO. Por Dios, que es el mejor cuento que jamás he oído. — VANDALIO. Pues oyme, que no paró en esto su dolencia; que lo hizo parecer allí, y comenzó con mucho contento de todos, á veces leyendo, á veces de palabra, á contar la fama, vida y origen de Palmerín de Oliva; y no quedó en él, que hasta la cuarta generación nos lo dió á conocer, diciendo que no se hallaba sin él, aunque lo tenía de cabeza. ¿Qué diréis de esto? Qué plaga es esta? ¿Parceos con cuán justa razón anda el nombre de mi Vandalia tan infamado por todas las partes que de esta triste provincia se trata? ¿Qué diremos? ¿En qué pecaron nuestros padres, pues padecemos los hijos tal ceguedad? — ETHRUSCO. No, señor, sino para que se vean en nosotros las obras de la ociosidad. — VANDALIO. En verdad que la teneis mas para decir eso, que el otro para encarecernos á su *Palmerín*; porque lo subió tan alto cuanto alcanzó su entendimiento, siendo (no sé si lo habeis leído estando doliente) un compendio de mentiras, y dejando esto, un romance tan grosero y de tal proporción, que no sé de qué se enamoró nuestro caballero. — ETHRUSCO. Por Dios que creo que el regalo ó enfermedad que padecía debía de ser á causa de los amores de Palmerín, según lo quería. — VANDALIO. A ser en Italia, pudiérase creer eso, pero por acá no se usan de esos amores. — ETHRUSCO. En verdad, señor, que me conviene estar recatado siempre, y no entremeterme entre vosotros, por no sacar lo que los que se entremeten entre padres é hijos. — VANDALIO. Señor Ethrusco, no me culpeis, que debo naturaleza y crianza á esta ciudad; y sobrada pasión me compele á revesar lo que tengo en el pecho. Y tornando á nuestro propósito, en verdad que, así como los pontífices pasados tuvieron cuidado de examinar y dar por apócrifos muchos libros, cuya doctrina no era dañosa mas que por estar intitulados de algunos santos y doctores (de todos

La satírica pluma de Cervantes hirió de muerte los libros de caballerías, sin duda ignorando que la sociedad, que nunca sabe mantenerse en un justo medio, desde el extremo reprehensible que él zahirió había de arrojar en otro más perjudicial de egoísmo, baja y indiferencia. La composición inmortal con que logró tamaño triunfo, es de aquellas que, como todas las de primer orden, nunca envejece; y semejante á las de Homero, de todos tiempos y de todas las edades. Publicóla en dos partes; y en el espacio que medió entre la publicación de la primera á la segunda, la mano atrevida de un enemigo de Cervantes regaló al público una continuación de su cosecha. Todavía no sabemos quién fuese el escritor que se disfrazó bajo el nombre de Alonso Fernandez de Avellaneda y se hizo natural de Tordesillas. Creyó el biógrafo más diligente de Cervantes (1) que era clérigo aragonés, y como tal favorecido de fray Luis de Aliaga, confesor del Rey; pero en nuestros días algún escritor ha llevado sus sospechas á decir que fué el mismo fray Luis de Aliaga (2). Si esto es así, el reverendo padre confesor era muy incivil y grosero, cuando sin tener en cuenta la ancianidad y la desgracia, insultó con torpes improperios á Cervantes, digno cabalmente por estas mismas circunstancias de mayor respeto, y mucho más hallándose su contrario en la cumbre de la fortuna: acto de vileza perseguir el poderoso á los desvalidos, execrable acción cubrirse para ello con el velo del anónimo. Cualquiera que fuese, Cervantes no se atrevió á acometerle de frente; pero sintió en el alma las injurias. Los españoles, acostumbrados al estilo encantador de este ingenio y á su inimitable gracia, con desden miraron la obra del audaz continuador, falta de aquellas dotes aunque no enteramente desprovista de mérito, si se prescinde de una comparación que á todo escritor sería desfavorable. Debe de creerse que las principales imperfecciones que la hacen desmerecer para nosotros sean las de estilo, al ver que en Francia halló mejor acogida su traducción, en donde las bellezas y defectos debidos al manejo de la lengua original desaparecen; advirtamos no obstante que Le Sage fué el traductor, y que mejoró su modelo. Aun en nuestros días Avellaneda ha sido el objeto de las vigilias de un crítico francés (3), de donde se deduce que no tienen su obra nuestros vecinos por un libro vulgar y despreciable, como desde su publicación lo ha creído la generalidad de los españoles.

Cuando á mediados del siglo xvi lectores y escritores empezaban á cansarse de las ruidosas proezas de los paladines, comenzaron estos últimos á trasladar sus invenciones de los campos de batalla y de los palacios á los oteros y apriscos. El mismo Cervantes, que no dejó extrañeza de su siglo que no señalase con burlona sonrisa, hace concebir á su héroe, después que se cansó de ser caballero andante, la idea de irse con su escudero á gozar las dulzuras de la vida pastoral. Origen de esta nueva irrupción de novelas fué la *Arcadia*, de Sannazaro, poeta napolitano que alcanzó los últimos años del siglo xv y los primeros del xvi. Esta obra, encantadora por la delicadeza de sus imágenes y sencillez elegante de expresión, tuvo gran séquito entre aquella sociedad aniquilada por las más crueles guerras, sin duda por el contraste de las amarguras que los afligían, con la tranquila vida que les daba á conocer el poeta, víctima también de los sangrientos trastornos (4). Jorge de Montemayor, natural de Portugal y domiciliado en España, fué el primero que se propuso imitar este libro en castellano, porque ninguna obra célebre se libre de imitaciones. Escribió su *Diana enamorada*, estando en Valencia, donde por su discreto ingenio y destreza en la música ha-

los cuales, y de por quien fueron prohibidos hago plenaria mención no sin propósito en un capítulo de mi *Suma de los hechos notables de las mujeres*, en la cual lo veréis),—los gobernadores y prebostes de las ciudades habían de hacer lo mismo á los libros semejantes, por el mal ejemplo que de ellos resulta. Porque, dad acá en el más cendrado libro destes, ¿qué se trata, dejando aparte ser todo fábulas y mentiras, sino que uno llevó la mujer de aquel, y se enamoró de la hija del otro; cómo la recuestaba y escribía, y otros avisos para las que están acaso descuidadas? Y no yerro en lo que digo, que me admiro que se tenga cuidado el prohibir meter en este reino las sábanas de Bretaña (á causa que se hallaban enfermas por su respecto muchas personas de muchas enfermedades contagiosas, de las cuales las dichas sábanas venían inficionadas), y no se provea en suplicar que se prohiban libros que den de sí tan mal ejemplo, y tanto daño de ellos depende. Y porque se me calienta la boca, y quizá sin mi voluntad no podré parar tan presto, os suplico que me atajeis con proseguir nues-

tra materia para que demos hoy fin á ella.—El maestro Alejo de Venegas, fray Luis de Granada, Arias Montano y todos los hombres más célebres del siglo xvi alzaron su elocuente voz contra los libros de caballerías; pero cuanto ellos más clamaban, más se entregaba el público á la entusiasta afición de su lectura.

(1) Don Martín Fernandez de Navarrete.

(2) Véase el prólogo del primer tomo de *Novelistas posteriores á Cervantes* en la presente colección.

(3) G. de la Vigne ha escrito y publicado hace poco un estudio crítico, titulado *Les deux Quichottes*, en 8.º, chez Didier, quai des Augustins, en que se propone desentrañar estas dos cuestiones. ¿Quién fué Avellaneda? ¿Cuál es el mérito de su libro? No hemos visto este escrito; pero por la idea que de él tenemos, el juicio del autor francés es favorable á Avellaneda.

(4) La *Arcadia* de Jacobo Sannazaro se tradujo del italiano al español por Blasco de Garay; y de esta traducción he visto una impresión hecha en Salamanca, año de 1578, en 16.º

bia hallado tan buen acogimiento en las damas y poetas, que no pudo menos de manifestar su gratitud celebrando á las unas en su canción de Orfeo, y conservando gran afición á los otros en el resto de su vida. No consiguió igualar á su modelo: en la composición no se ve la sencillez campestre, ni los episodios están verosímil y naturalmente enlazados, ni allí se encuentran el diálogo sencillo y animado y la viveza y exactitud de las descripciones que tanto deleitan en el poeta italiano, ni los versos de Montemayor son, en fin, tan dulces y armoniosos como los de Sannazaro, si bien la prosa no carece de propiedad y soltura. Sin embargo, Montemayor obtuvo aplausos y fué leído; y mereciólo por su estilo puro y discreto, por la dulzura de sus sentimientos, por el encanto de algunos de sus pasajes, sobre todos el de la preciosa historia del moro Abindarraez, que compensa á los ojos de los inteligentes la inverosimilitud del resto del libro, las historias de magia que le desdoran y la falta de acción que le hace desmerecer. Honorato D'Urfe, célebre novelista francés, autor de obras que ahora nadie lee y que en su tiempo las gentes se las robaban de las manos, escribió un drama pastoral, titulado *Sireno*, en que quiso retratar sus amores con Diana de Chateaurand, de quien estaba perdidamente enamorado; y según monsieur Huet, no solo tomó de Montemayor el nombre del protagonista, sino el argumento y las incidencias de la fábula, para la que también puso á contribución el *Pastor Fido* del caballero Guarini. La estimación que el caballero D'Urfe hacia de la obra española era general en Francia, donde se leía original y traducida.

Luego halló en España Montemayor quienes le imitasen animados por el feliz éxito de su libro. *La Diana enamorada* tuvo dos continuadores, si bien el único que merece mencionarse es Gil Polo, natural de Valencia, pues la continuación del salmantino doctor Alonso Perez fué tan mala, que Cervantes, censor no muy rígido de sus contemporáneos, la condenó en el escrutinio de la librería de su héroe á que sin contemplación fuese arrojada al fuego. Gil Polo, si bien no superó á Montemayor en la invención y en la prosa, le aventajó sobre manera en el verso; es armoniosa, natural y fácil su poesía, como conviene á la campestre; su canción de Neera vale por un poema, y la estiman los doctos como lo más delicado que en su clase hay escrito en castellano. Y cúmplenos apuntar aquí la muy curiosa noticia de que al ver el aplauso universal que gozaron las tres *Dianas* y el gusto con que eran leídas, un tal fray Bartolomé Ponce trató de escribir un libro con título de *La Clara Diana* en alabanza de la virgen María.

En pos de los continuadores de Montemayor vinieron otros que de su invención escribieron de estas novelas bucólicas en prosa y en verso. Luis Velez de Montalvo, gentil hombre cortesano, natural de Guadalajara, que siguió la casa de Mendoza, publicó el *Pastor de Filida*, haciendo discretas alusiones á personas de alta clase á quienes debía su educación y subsistencia. Cervantes cayó también en la tentación, y se presentó en la república literaria con su *Galatea*, que imprimió dos años después del *Pastor de Filida*, es decir, en 1584, época notable, pues se daba por primera vez á conocer del público el príncipe de nuestros ingenios. Ensayóse asimismo en la novela pastoril Bernardo de Balbuena, obispo que fué luego de Puerto-Rico, autor del poema épico del *Bernardo* y uno de los hombres más felizmente dotados por el cielo para la poesía y que manejaron con mayor soltura la lengua castellana. Dió este poeta á luz *El siglo de oro en las selvas de Erisile*, que la Academia Española juzgó digno de ser reimpresso por sus cuidados como obra de un autor clásico; y á este juicio de tan distinguido cuerpo debemos la edición de 1821. Habiase hecho la primera en 1604.

Lope de Vega compuso *La Arcadia*, que escribió para el duque de Alba, agradeciendo el amor con que le había recibido en su casa por su secretario y valido (1). Cristóbal Suarez de Figueroa, *La Constante Amarilis*; Bernardo Perez de Bobadilla, *Ninfas y Pastores de Henares*; Bernardo de la Vega, *El Pastor de Iberia*, despreciado por Cervantes en el viaje del Parnaso; Francisco Rodriguez Lobo, *El Pastor peregrino*; Francisco Espinel Adorno, *El premio de la constancia* y *Pastores de sierra Bermeja*; don Gonzalo de Saavedra, *Los pastores del Bétis*, y otros ingenios otras fábulas por el estilo.

(1) Lope dice en el prólogo de *La Arcadia*: «Estos rústicos pensamientos, aunque nacidos de ocasiones altas, pudieran darla para iguales discursos, si como yo fui testigo de ellos, alguno de los floridos ingenios de nuestro Tajo lo hubiera sido; y si en esto, como en sus amores, fué desdichado su dueño, ser ajenos y no propios, de no haber acertado me disculpe; que nadie puede hablar bien en pensamientos de otros, si alguno no advirtiese que á vuelta de los ajenos he llorado los míos.

Tal, en efecto, como fué quise honrarme en escribirlos; pues era imposible hourarlos, acomodando á mis soledades materia triste como quien tan lejos vive de cosa alegre.» El argumento de *La Arcadia* es el siguiente: Anfriso, pastor de Arcadia, nieto de Júpiter, el que venció los gigantes en Olimpo y sujetó á Encélado y Egeo en las montañas del Etna, ama á la pastora Belisarda y es de ella correspondido. Los padres de Anfriso le hacen ausentarse por evitar el escándalo que este amor